

ALOCUCIÓN A LA II PROMOCIÓN DE LICENCIADOS EN CIENCIAS POLÍTICAS Y DE LA ADMINISTRACIÓN

Excmo. Sr. Oscar Arias

*Premio Nobel de la Paz
Ex-Presidente de Costa Rica*

Amisgos y amigos:

Agradezco profundamente al Excelentísimo y Magnífico Rector, don Darío Villanueva, y al Ilustrísimo señor Decano, Ramón Máiz, y a las demás autoridades de la Universidad de Santiago de Compostela, por haberme ofrecido la oportunidad de dirigirme a tan distinguido grupo de estudiantes, profesores, y miembros de la comunidad académica de esta Ciudad. Me honra saludar respetuosamente a los dignísimos representantes de la Xunta de Galicia y del Ayuntamiento de Santiago, cuyas presencias constituyen un justísimo reconocimiento a los méritos de los jóvenes que hoy reciben sus diplomas.

Fui profesor en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica. Por ello, siempre me resulta placentero e inspirador el retorno momentáneo, a veces nostálgico, al ámbito académico.

Hermosas palabras son los gentilicios. Costarricense, español, gallego, andaluz, serbio, rumano, kurdo, francés, maorí, quechua, bantú, europeo, americano, asiático. Así, tal vez hasta el infinito, se puede enunciar la lista, plena de eufonía, de las identidades, como un largo poema que, en último resultado, se condensa en el gentilicio por excelencia, en la palabra humano.

Sueño con el día en que todos los gentilicios sean sinónimos perfectos de esa palabra. Sueño con el día en que las expresiones “soy español”, “soy costarricense”, “soy centroamericano”, “soy gallego”, signifiquen automáticamente “soy humano”. Será ese el día en que las identidades definidas por los gentilicios sean como vetas de colores dentro del sólido granito de la humanidad. Vetas que se entrecruzan, se confunden, se desvanecen, reaparecen y se revelan como imprescindibles. Todas y cada una de ellas, para que el granito sea granito.

Quiero, en este día, ubicarlos a ustedes, jóvenes graduados, en una veta de la humanidad. Mis opciones son múltiples: ¿gallegos, españoles, ibéricos, europeos?. Aunque

para muchos pudiera parecer extraño, no vacilo en considerar que ustedes son, también, iberoamericanos. Al decir "Iberoamérica", pienso en todo lo que, por cultura, por historia, por sentido de pertenencia o por designio político es, simultáneamente, hispánico, lusitano y americano. Cuando el historiador Samuel Huntington incurre en sus elucubraciones metapolíticas, lamento que omita, en su esquematización de la historia contemporánea, la existencia de una civilización específicamente iberoamericana.

Hoy, jóvenes amigas y amigos, permítanme llamarles europeas y europeos y pedirles que asuman la responsabilidad de serlo. Europa, y en particular su juventud, vive un momento dramático, una coyuntura cuyo desenlace habrá de marcar intensamente su futuro y el futuro de toda la humanidad. A todos los seres humanos nos interesa que la mujer y el hombre europeos estén conscientes de la transcendencia del papel que su Europa desempeña en estos momentos como poder económico, como experimento democrático y, sobre todo, como paradigma de convivencia dentro de la diversidad. Quiero ser, por un momento, la conciencia de Costa Rica, un pequeños país, el más desarmado del mundo, para dirigirme, por medio de ustedes, a la conciencia de una de las potencias más fuertes y ricas de la historia.

De la historia de este siglo nos quedan muy pocas páginas por escribir. Ustedes serán los observadores más calificados para juzgar estos cien años, durante los cuales hemos permitido que mueran casi ochenta millones de personas en las guerras, y muchos millones más a causa del hambre. Ustedes, jóvenes, vivirán la mayor parte de su vida en el siglo venidero, y entre ustedes se encuentran los líderes que tendrán la responsabilidad de dirigir la construcción del siglo XXI. Un siglo que debe ser diferente, un siglo que debe ser, por fin, el siglo de la humanidad.

Aquí nos encontramos en una Universidad. Entre los rasgos de injusticia que prevalecen en el mundo, está el hecho de que la gran mayoría de los jóvenes del mundo no han tenido la oportunidad de asistir a una Universidad. Aun la educación más elemental no está al alcance de millones de jóvenes en el mundo. Con suerte, la mayoría de ellos se levantó esta mañana a sembrar los campos o a encender las máquinas de las fábricas. Muchos salieron a la luz de este día a mendigar agua y comida. Jóvenes como ustedes mueren en guerras inútiles, otros apenas subsisten y sólo Dios sabe cuántos sufren de persecución o cárcel tan sólo por tener ideales y por expresar en voz alta sus esperanzas. Ustedes, jóvenes universitarios de una sociedad próspera y democrática, disfrutan de privilegios que deben convertirse en responsabilidad. Esta responsabilidad que, en el mundo interdependiente de hoy, trascienden las fronteras de su país y los convierte en ciudadanos de un mundo cada vez más complejo y cada vez más pequeño.

En este fin de siglo, muchos pueblos han descubierto que la paz, la justicia y la democracia son inseparables. Que tratar de construir una de ellas sin haber comenzado a construir las otras es un error. Un error que la humanidad ha pagado ya a un enorme precio de dolor, de pobreza y de frustración. El totalitarismo es la esencia de la injusticia, la injusticia es la raíz de la guerra, la guerra es la madre de la opresión. Los intentos de imponer la justicia por medio de la dictadura han fracasado. Han sido funestas las pretensiones de instaurar la democracia por medio de la injusticia. Y millones de mujeres y hombres sufren día a día los devastadores efectos de las guerras con las que se busca eliminar la opresión. Parecería, entonces, que en un mundo en el que todavía abundan la injusticia, la guerra y el totalitarismo, se vive un círculo vicioso imposible de romper. Sin embargo, los años recientes nos ofrecen pruebas muy claras de que es posible romperlo, de que una combinación de fe, voluntad y valor nos permite dar pasos importantes hacia la justicia, la paz y la democracia. En Centroamérica, en el peor momento de su historia

podimos avanzar simultáneamente hacia la democratización y hacia la pacificación y con ello sentarnos bases esperanzadoras para la búsqueda de la justicia. En Europa Oriental, los pueblos decidieron separar del totalitarismo una ancestral voluntad de justicia, y al unirla a la práctica de la democracia contribuyeron a acercarnos a la paz. En los países escandinavos, la justicia alcanzada en medio de la paz ha dado a la democracia una solidez inexpugnable. Es posible que un mínimo de prosperidad material sea necesario para que sea viable el triple progreso hacia la justicia, la paz y la democracia. Sin embargo, Costa Rica y Suecia son ejemplos de que tanto un país pobre como un país rico pueden construir una democracia pacífica y relativamente justa. Una gran potencia como la Unión Soviética y un país débil y pequeño como la Nicaragua de Somoza nos probaron que la dictadura y el militarismo son caldo de cultivo para la injusticia.

La indiferencia ciudadana es enemiga de la democracia. Al parecer, para muchos la participación política es una incomodidad que debe ser eludida. Se piensa, tal vez, que las ventajas del sistema democrático se pueden disfrutar como cualquier otro privilegio, dejando a los demás el tedio de la vigilancia cívica, poniendo en otros la responsabilidad de opinar y de decidir en torno a los grandes y pequeños asuntos de la colectividad. Quienes así piensan no se percatan de que la indiferencia política, una vez que alcanza proporciones mayores se parece a la dictadura como una gota de agua a otra gota de agua. La dictadura es la ausencia forzada de participación política. La democracia, por serlo, no puede imponer a los ciudadanos la participación política, pero sí la exige desde el punto de vista moral. No me refiero aquí únicamente a la participación formal del ciudadano en los procesos electorales. Tampoco creo que la participación política sea posible únicamente por intermedio de los partidos políticos. En nuestra época, la complejidad de las relaciones sociales y económicas hace que los ciudadanos puedan participar en la toma de decisiones desde muy diversas instituciones y por medio de muy diversas actividades. La única condición es que unas y otras se basen en los principios de respeto a la diversidad de opiniones y de búsqueda del bienestar material y espiritual del mayor número.

Hace solamente 47 años, el mundo emergía de la guerra más atroz de la historia. En poco más de cinco años se habían sacrificado millones de vidas y el poder destructivo de las nuevas armas había servido para empobrecer a todas las sociedades del planeta. El último y más ominoso acto de aquella guerra de dimensiones universales había sido la invención y el empleo de las armas atómicas, la más definitiva prueba de que en adelante el recurso a la guerra, por parte de cualquier país y en medio de cualquier circunstancia, equivaldría a la búsqueda de la autodestrucción. Gracias al perfeccionamiento de las comunicaciones, nunca antes el absurdo de la guerra se había mostrado de manera tan universal. Aun para aquella porción de la humanidad que pudo mantenerse al margen de ella, la naturaleza inhumana de la guerra se hizo evidente en todo su horror. Era lógico esperar que del sacrificio generalizado y evidente surgiera la esperanza de alcanzar muy pronto una era de paz, una era sin temor a la barbarie y a la destrucción. La humanidad entera, y en especial sus dirigentes, contaba a partir de 1945 con una experiencia inigualable en torno a la inutilidad de la guerra. Una experiencia que, por haber sido documentada hasta el más ínfimo de sus detalles, debía resultar fácilmente transferible a las nuevas generaciones. Era lógico esperar que aquellos horrores no se repitieran nunca más, pero desafortunadamente las generaciones nacidas después de la Segunda Guerra Mundial ya han sido convocadas a participar en incesantes baños de sangre, a inmolarse en absurdos sacrificios.

Hoy, muchos de los pueblos más pobres del mundo continúan sufriendo los efectos de innumerables conflictos bélicos, exacerbados por la avaricia comercial de los proveedores de armas, entre los cuales figuran la mayoría de los países europeos. Ciertamente, en el momento actual el mayor vendedor de armamentos es Estados Unidos, pero no hay duda de que cada guerra civil o internacional contemporánea es un animado catálogo de armas fabricadas en Europa, muchas veces, estoy seguro, en las cercanías de las universidades en las que se predica el humanismo.

Actualmente dedico buena parte de mi tiempo y mis energías a promover la adopción de un código internacional de ética sobre la transferencia de armas. A este esfuerzo se han unido un comité integrado por numerosas personas y organizaciones laureadas con el Premio Nobel de la Paz. Hace pocos días, justamente al inicio del peregrinaje en busca de apoyo que me ha traído a Europa, varios miembros de ese comité me acompañaron a Nueva York, en la presentación del texto preliminar de ese código, que esperamos sea introducido algún día en la agenda de las Naciones Unidas.

Sé muy bien que el ideal sería acabar con el comercio de armas, pero razones objetivas nos hacen esperar que, en una primera etapa, es posible reducir significativamente los daños que ese comercio inflige a la humanidad, mediante una codificación internacional basada en principios éticos. Iniciativas semejantes, una nacional y la otra regional, se han presentado en Estados Unidos y en la Unión Europea. Invito a la juventud europea, y a sus organizaciones, a dar apoyo a estos proyectos y a emprender campañas dirigidas a lograr que los países de Europa cesen, en un futuro cercano, las exportaciones de armas al resto del mundo.

Amigas y amigos, no he olvidado que, para los jóvenes graduandos y sus familias, este es un momento de regocijo. La alegría que experimentan hoy es tan sólo una pequeña parte de cuanto merecen recibir como premio por sus talentos y sus sacrificios. No ha sido mi propósito enturbiar un día tan hermoso. Por el contrario, al felicitarles les auguro a cada una y a cada uno de ustedes una vida de plenitud espiritual y de prosperidad material que sólo es posible en un mundo de paz.

Muchas gracias.

18 de junio de 1997
Acto de entrega de Diplomas
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidade de Santiago de Compostela
